

El cambista y su mujer, por Marinus Reymerswaele (Museo del Prado, Madrid). Un factor que, junto con el cambio de mentalidad política y artística, define el comienzo de los tiempos modernos es el movimiento de la moneda. Proveniente de las industrias mineras, agrícolas, textiles, etcétera, el dinero circula en mayor abundancia que en el Medievo y condiciona un nuevo estilo de vida, característico del hombre moderno.

El capitalismo inicial y la formación de la sociedad moderna

por ANTONI JUTGLAR

Al situar la complejidad de fenómenos, causas y condicionamientos que contribuyeron a la superación del Medievo y a la definición de la Modernidad, se subraya que el movimiento general de la etapa renacentista supone la manifestación de un proceso de gran amplitud, promovedor de grandes transformaciones y en el seno del cual se integran tres corrientes capitales: por una parte, la que conduce a la afirmación de la monarquía autoritaria y del estado moderno; por otra, la que consolida el empuje cultural del Renacimiento y del movimiento humanista; y, asimismo, el trascendental fenómeno de crecimiento y evolución económicos que, de la revolución comercial y urbana (entre los siglos XI y XII), conduciría –en la segunda mitad del siglo XV– a la plena definición del

Letra de cambio librada en Argel en 1387 por unos comerciantes catalanes (Instituto Municipal de Historia, Barcelona). La intensificación del comercio interregional trajo consigo la complicación de las formas de pago. La tierra, que hasta entonces había sido el primitivo valor de cambio, dejó paso a la moneda de valor real y a los papeles de comercio, cuyo valor derivaba de unos acuerdos y unas firmas.

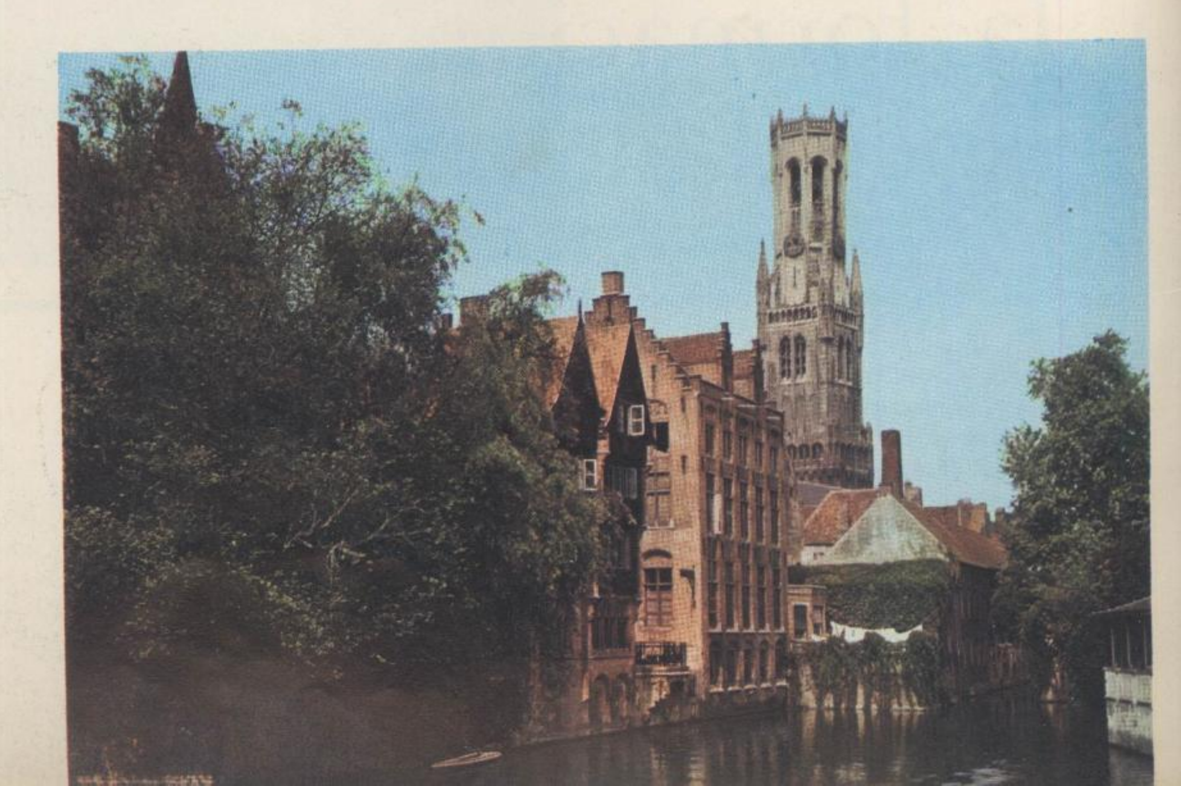
capitalismo inicial. En resumen, tres corrientes, tres fenómenos, con un denominador común (el que define precisamente la característica dinamizadora de la Edad Moderna): el de la valoración creciente de la *racionalidad.*

Ciñéndonos ahora a la aparición y definición del capitalismo, es preciso insistir en la importancia del mencionado factor de racionalidad, que será, evidentemente, el que otorgará a la nueva técnica de la economía su carácter más revolucionario y dinámico. Y a ello habremos de referirnos con cierto detalle más adelante.

Junto a esta característica debe apuntarse el desarrollo de una fenomenología fundamental para la plena aparición de la realidad capitalista, en el sentido correcto y estricto en que debe ser entendido. Nos referimos a la creciente complicación de la economía mercantil y monetaria, a través del aumento constante del tráfico comercial, de las relaciones interregionales, de las operaciones dinerarias, con su secuela de préstamos, letras de cambios, pagarés y demás variedades, que acabarían constituyendo la plataforma de constante desarrollo de las actividades bancarias. En efecto, la complicación apuntada debía incidir, necesariamente, en la introducción de elementos de racionalización, que ordenasen y diesen agilidad a la vida económica (contabilidad, etc.).

De esta forma, una vez más, el tránsito de los tiempos medievales a las etapas de la Modernidad aparece, no como un fenómeno de ruptura, sino como el resultado de un constante y dinámico proceso de crecimiento. Así, si el Renacimiento no fue la negación del Medievo, sino su más lógica y legítima superación, el capitalismo no aparece como una espontaneidad negativa respecto al pasado, sino como el resultado –maduro y poderoso– de un proceso de crecimiento medieval.

Aspecto de Brujas (Bélgica). A partir del siglo XIII, las ciudades de los Países Bajos experimentaron gran desarrollo y vivieron una etapa de continua activación económica.



Si, desde un principio, la revolución comercial y urbana (animada por las cruzadas) potenciaría actividades tan varias como las de las *commenda*, las *sortes*, etc.; daría una envergadura extraordinaria a las figuras de los antiguos traficantes de los "mercados": *negociatores, mercerii*, etc.; otorgaría, cada vez más, una mayor importancia a la circulación dineraria, etc. Si, desde los siglos XI y XII, asistimos a una reanimación tan sustancial de la vida económica, paralelamente a la restauración (lenta pero progresiva) de la seguridad y de las formas eficaces (y menos injustas cada vez) de autoridad, era lógico que tales fenómenos dibujaran –de forma más o menos patente– una plataforma *precapitalista*, de la que partirían las condiciones más adecuadas para la plena definición del primer capitalismo.

En la trayectoria que conduce a la creación de la mencionada plataforma deben tenerse en cuenta tanto factores demográficos como el sustancial movimiento de aumento de población en la Europa del siglo XIII, como el auge de las grandes ciudades mercantiles del Mediterráneo, el desarrollo de la Hansa, el florecimiento de las ciudades de los Países Bajos y el norte de Francia, etc., y en esta línea (a pesar de los estragos terribles de la peste negra, de la guerra de los Cien Años y otros fenómenos análogos, paralelos, subsidiarios y derivados), a partir del último tercio del siglo XIV hasta los inicios de la segunda mitad del siglo XV el conjunto de Europa va a vivir una etapa de continua reactivación económica, en la que intervinieron diversos factores.

Por una parte, la acumulación de capitales, provenientes en buena parte de las actividades mercantiles, permitió una serie de inversiones agrícolas que consintieron la difusión de las áreas de cultivo, junto con la mejora de la producción de determinados cultivos (cereales especialmente), al tiempo que comenzaba a difundirse y organizarse una creciente especialización agrícola (viña, olivo, huerta, fruticultura, etc.). En una perspectiva paralela, la inversión de capitales facilitó la intensificación de la ganadería (favorecida en diversas regiones por el uso de prados cerrados y por la gran trashumancia, así como por la protección de los soberanos). En el terreno minero, las inversiones dinerarias incrementarían la explotación de diversos yacimientos, especialmente en Sajonia, Bohemia, Tirol, Estiria, litoral cantábrico castellano, Inglaterra, Pirineos, regiones alpinas, Lombardía, Turingia, Bohemia, etc. El desarrollo minero incrementó la industria metalúrgica, apareciendo, por ejemplo, los primeros altos hornos, etc.

Paralelamente, las guerras, por ejemplo, desplazaron la industria lanera hacia nuevos emplazamientos, al propio tiempo que aparecen nuevas modalidades y especializaciones. Así, en Flandes, Brabante y Hainaut sustituirán a los antiguos monopolios flamencos; Inglaterra comenzará a promocionar y "racionalizar" su industrialización textil, especialmente en Bristol, Londres y Winchester; asimismo la producción textil de diverso tipo aumenta en Francia, Italia, Cataluña y Castilla, etc. El desarrollo textil fue acompañado del aumento de otras actividades más o menos artesanales y, en conjunto, todo este incremento de la producción incidiría de forma sustancial en el desarrollo global de la vida mercantil.

***Huida a Egipto*, por Giovanni di Paolo (Pinacoteca de Siena). Los trajes que visten las santas personas nos dan una idea de la moda del siglo XIV en los medios campesinos de Italia.**



EL MUNDO ARTESANAL Y LA CONFIGURACION DE LA PLATAFORMA PREINDUSTRIAL

Sagazmente (aunque ello sea bastante discutible) señalaron, hace ya varias décadas, autores como Max Weber que "la fábrica no es una creación del artesanado y a expensas suyas, sino que nace independientemente pero junto a él, dedicándose, sobre todo, a nuevas formas de producción o a la fabricación de productos nuevos, tales como tejidos de algodón, porcelanas, brocados de oro o sucedáneos, ninguno de los cuales era producido por los gremios". A pesar de ello –y porque afectaba a la base de la organización del trabajo–, los gremios y corporaciones lucharon contra la fábrica y contra su precursor, el taller cerrado, haciéndolo por razones de principios, puesto que veían en ellos una amenaza, originada por el posible incremento de la nueva forma de producción. Paralelamente se ha insistido en el hecho de que no puede decirse que la fábrica naciese del taller doméstico, sino coexistiendo igualmente con él.

Por otra parte, describiendo el panorama que caracterizaba a la Gran Bretaña del siglo XVIII, en la etapa inmediatamente anterior a las grandes innovaciones del industrialismo, diversos estudiosos como Cole han subrayado que el capitalismo de aquella etapa difiere, en gran manera, del actual, "pues era comercial por esencia más bien que industrial. Su principal fundamento no era la ocupación directa de gran número de trabajadores en las fábricas, sino el control en gran escala que tenían los comerciantes sobre la compra y venta de artículos, fabricados de acuerdo con las condiciones de la producción en pequeña escala". Es decir, el típico capitalista del siglo XVIII era básicamente un hombre de negocios y, sobre todo, un comerciante ocupado en el tráfico con el extranjero. Asimismo, las grandes compañías por acciones de la época no eran en su mayor parte empresas industriales, sino operaciones y aventuras fundamentalmente comerciales. En resumen, hasta muy entrado el siglo XVIII la forma "normal" de hacerse rico no era fabricando artículos, sino comprándolos de los manufactureros y revendiéndolos a mayor precio del de compra. El capitalismo comercial –no hace falta insistir en ello– nació, pues, antes que el capitalismo industrial, que sólo llegaría a ser el sistema dominante, en la economía, con el advenimiento de la revolucionaria era de las máquinas.

Aparecen, pues, apuntados unos problemas, unas realidades y unas relaciones, de entre las cuales es interesante subrayar el papel que irá desempeñando el complejo y antiguo mundo artesanal a lo largo de los tiempos modernos y especialmente en el momento en que se configurará plenamente la plataforma que debía preceder al éxito final del maquinismo. En este sentido, escribiría Morazè: "En el siglo XVIII, la mayoría de las fabricaciones y de las ventas se hacen aún dentro del marco de las pequeñas empresas. El maestro trabaja con uno o dos oficiales... La mayoría de los objetos se fabrican aún bajo los propios ojos del comprador. Los obradores eran mucho más numerosos que los almacenes actuales. Aunque el consumo fuese mucho menor, en París podían contarse tres veces más de los que hoy existen. Había, pues, una gran dispersión: la masa total de estos pequeños patronos formaba el armazón de la burguesía". Encontramos, pues, una continuidad del mundo artesanal, que será clave en la configuración de la plataforma preindustrial.

La suma de pequeños patronos, de maestros artesanos, representaba un factor de inmovilismo: velaban cuidadosamente por la seguridad de su estado. Cada negociante, cada artesano, vigilaba al otro y se aseguraba –por ejemplo– de que a su vecino no se le ocurriría hacerle la competencia a través del anuncio (que estaba prohibido) o por medio de una alteración de los precios; o bien de que no atraería fraudulentamente al cliente a su propio negocio; o de que sus productos tenían la calidad reglamentaria; etc. Si ocurría algo en tal sentido, ponían todo su empeño para restablecer el orden, que era la garantía de su derecho y de su porvenir, tal como se comprueba a través de disputas que hoy nos parecen mezquinas y que nos revelan los infinitos procesos corporativos. El hecho es que se trataba del bienestar, de la tranquilidad de todos los maestros artesanos.

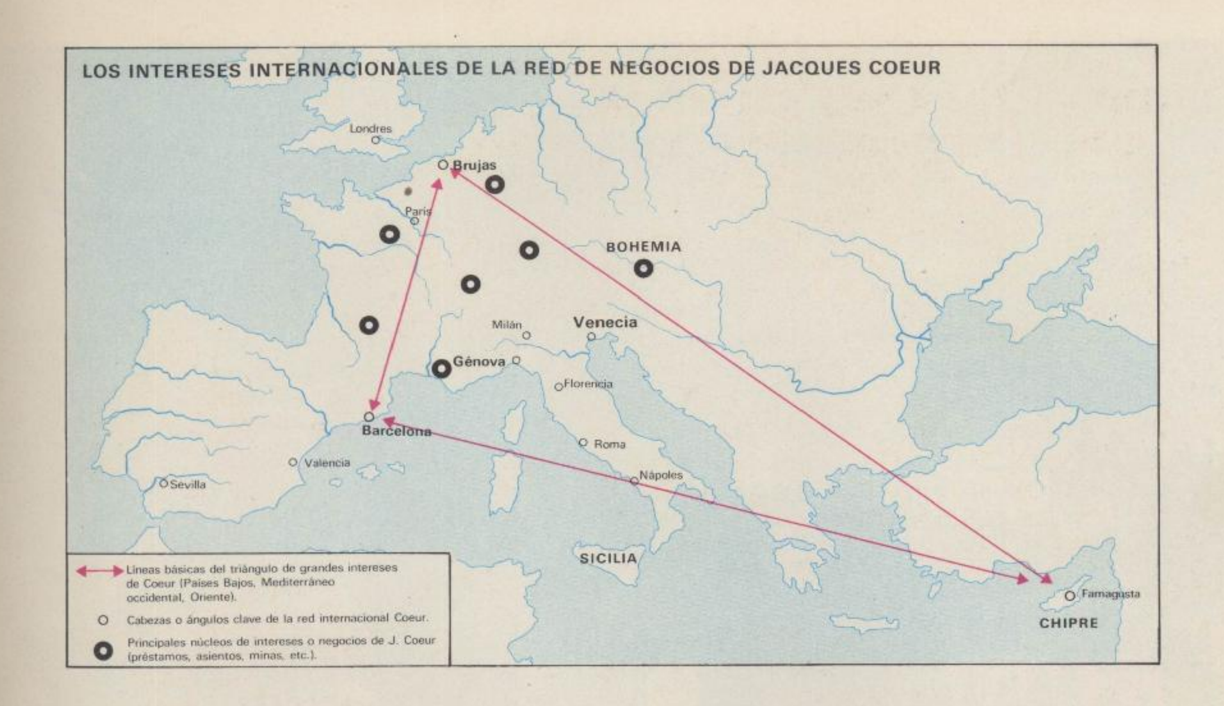
Las instituciones debían ser, pues, los fieles guardianes de lo que Morazè denomina "la tranquila felicidad del conjunto de los maestros". Añadiendo: "Las descripciones que poseemos de la vida de antaño están de acuerdo en considerar como muy mediocre la vida material del burgués medio: pobreza del mobiliario y de la vajilla...; exigüidad del alojamiento, mal ventilado y que no suele tener, tras la tienda, más allá de una o dos habitaciones. Las herencias son poco importantes. En realidad, se vive al día: la fuerte natalidad, aunque compensada por una fuerte mortalidad infantil, cuesta cara. No puede uno permitirse demasiado el lujo de pensar en el mañana. ¿Para qué, además? ¿No tendrán los hijos un oficio cuyo valor se halla garantizado por la ley? La imprevisión no es el defecto de esta época, es su cualidad. Es el signo de una confianza total en el porvenir, confianza también en la solidez de las instituciones, de los dogmas religiosos y políticos".

Se creía, pues, en una solidez esencial, puesto que de ella se esperaba el mantenimiento de la seguridad presente. Por ello no existía en aquella época la preocupación, tan común en nuestros días en el medio y pequeño comercio, por ahorrar un pequeño capital o por conseguir un seguro, que sirvan para garantizar una vejez tranquila. Se trabajaba hasta el fin con una normal despreocupación. En fin, habían, pues, como diría Morazè, "pocos ahorros, pocas inversiones: el crédito no encuentra alimento entre la gente humilde. La prudencia es una virtud moderna (contemporánea)". Lo importante era el mantenimiento del sistema establecido.

Si tal era la vida de los maestros en el régimen económico de los tiempos modernos, cabe preguntarse: ¿cuál era la condición de los oficiales? A partir del análisis del sistema gremial, nos encontramos con la menos que mediocre realidad del obrero, del oficial agremiado, que ofrece sus servicios y discute su salario con el maestro; una vez llegado a un acuerdo, se contrata por un año o por medio año. Paralelamente, el sistema de trabajo está presidido por el signo de la monotonía; en el taller, por ejemplo, el horario se halla regulado por la hora que da la iglesia o la torre de la ciudad. La gente se levanta temprano y trabaja todo el día; lógicamente, más en verano, menos en invierno. Asimismo, la forma de trabajar se halla determinada y regulada de modo estricto: todo el mundo trabaja al mismo tiempo y de la misma manera. Al mediodía, el oficial toma el alimento que le proporciona su maestro o que le trae su mujer. Por la noche, come en la mesa del maestro y duerme en su casa...

En conjunto, el mundo artesanal de los tiempos modernos no ofrecía perspectivas precisamente agradables y en este sentido autores diversos como Morazè o Vicens Vives han subrayado el hecho de que tal régimen pareció muy soportable mientras la vida estuvo impregnada de misticismo. En este sentido, por ejemplo, la oración no era una simple formalidad, sino que espiritualizaba una tarea abrumadora. Y además contaban con numerosos días festivos, que eran saboreados con gran intensidad y delectación; con una auténtica embriaguez que, en vano, el reglamento procuraba atemperar. Este régimen, evidentemente, no podía resistir al progreso de la idea de libertad individual y acabaría sucumbiendo. Se trata, pues, de comprender el impacto que en la plataforma preindustrial jugaría una nueva noción de progreso, cuyas consecuencias serán fatales para el conjunto sociopolítico del Antiguo Régimen.

A. J.



En efecto, según ha quedado apuntado precedentemente, fueron los capitales conseguidos por los mercaderes en sus operaciones comerciales los que animaron buena parte de la actividad económica en los sectores agrario, ganadero, minero e industrial. Una vez más aparece de manifiesto que la acción comercial es el motor dinamizante de un tipo de economía que gira en torno a una institución denominada mercado y que no fue el desarrollo agrario, minero o industrial el que determinó el gran florecimiento comercial y financiero, sino al contrario.

Tal consideración pone de manifiesto, a su vez, la naturaleza de uno de los ingredientes básicos para el desarrollo de la plataforma precapitalista. Nos referimos a la evolución y penetración de la idea de *lucro,* a la que hacemos particular referencia en capítulos anteriores. En efecto, frente a la condena eclesiástica de la usura, las diversas promociones de mercaderes y negociantes fueron empapándose de las excelencias de una "praxis" que abría perspectivas insospechadas y cada vez mayores a la posibilidad de obtener dinero a través del juego del propio dinero.

La acción del dinero produciendo dinero (y produciéndolo en una proporción y con una continuidad prácticamente imposibles de agotar) debía también tener, como es sabido, una repercusión fundamental en la definición del capitalismo, en que el propio concepto de capital (como sinónimo o análogo de dinero o de moneda) es sumamente significativo. La nueva economía tiende a concretarse, a consolidarse, en torno al dinero contante y sonante (frente al antiguo valor económico que era la tierra) y en torno a los hombres que lo poseen y lo manejan: los burgueses, y más concretamente aún, en torno a los grandes burgueses, los descendientes de las oligarquías (patriciado urbano).

En conjunto, el desarrollo de las actividades industriales y el volumen cada vez mayor de las operaciones mercantiles –controlado de forma más o menos directa por

Escena de esquileo (miniatura del Breviario Grimani; Biblioteca de San Marcos, Venecia). Los capitales acumulados por el mercantilismo se dirigieron, entre otras inversiones, a la ganadería, en especial a la producción de lana, la cual dio origen en Flandes a centros industriales que se vieron desplazados después por las guerras.

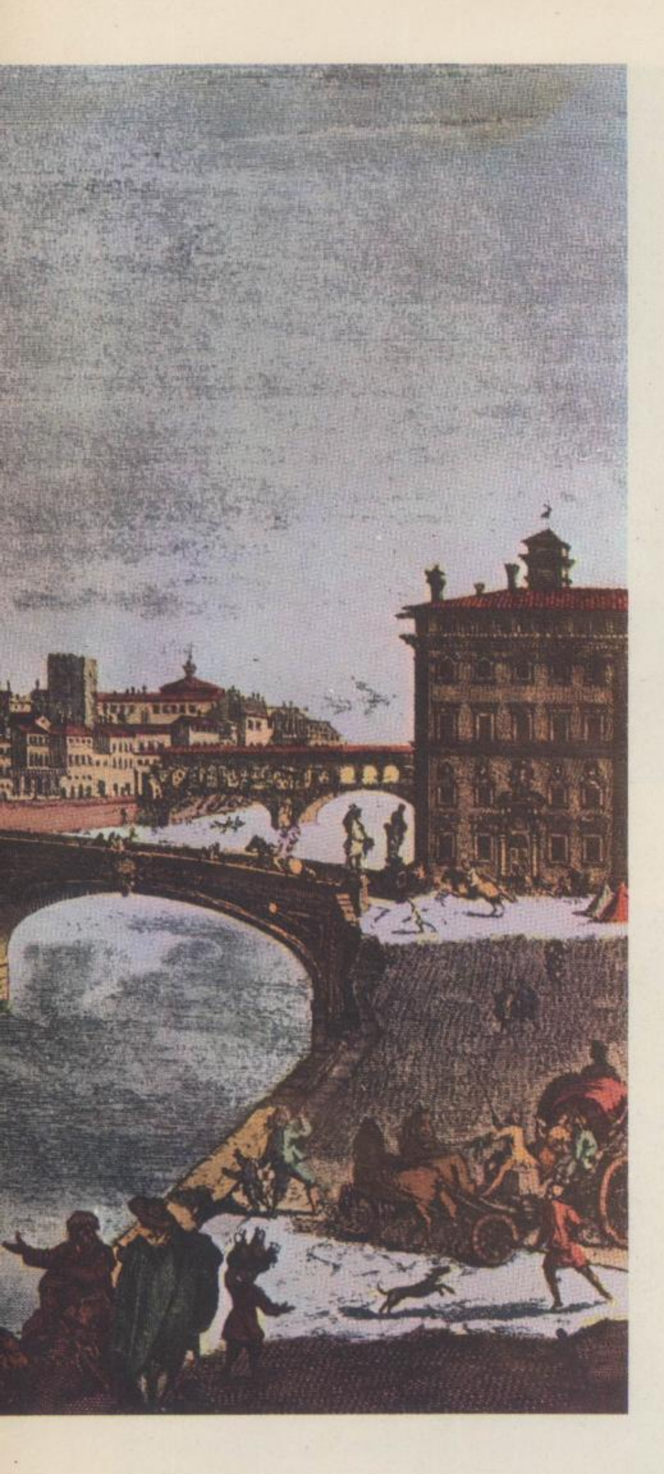




Vista de Florencia, según un grabado del siglo XVIII. La concentración del poder dinerario y la mayor complejidad de la empresa dieron origen a grandes compañías que pronto adquirieron proporciones extraordinarias, como, por ejemplo, la de los Médicis de Florencia.

las minorías anteriormente citadas– determinaron una creciente concentración de poder dinerario y una mayor complejidad de la empresa o entidad mercantil, tipificada, por ejemplo, por la formación de grandes compañías o firmas comerciales, que pronto adquirirían unas dimensiones y una importancia extraordinarias al girar fuertes capitales a través de una organización técnico-administrativa muy avanzada. De esta forma, por ejemplo, apareció la compañía alemana de Ravensburgo, con ramificaciones en Francia, Italia y países hispanos. Los fabulosos Albizi, Pazzi y Médicis de Florencia, los Fieschi, Doria, Grimaldi y Spinola de Génova, etc. Y de esta forma también florecería la suerte de los grandes especuladores como Jacques Coeur, cuya red de negocios, fabulosísima, podía quedar simbolizada en un triángulo que tendría sus vértices en Famagusta (Chipre), Barcelona y Gante.

Paulatinamente, factores jurídicos, políticos, bélicos, técnicos, etc., fueron confluyendo en el marco de la plataforma precapitalista, acelerando un proceso de transformación económica sumamente sugestivo. En este sentido debemos destacar ahora, por ejemplo, la creciente vinculación de los inte-



reses de los reyes, príncipes y papas con los negocios de los grandes banqueros y financieros, paralelo al aumento de la preocupación por parte de los soberanos y titulares del poder por aumentar la solidez de su sistema de garantías jurídico-políticas, que giran en torno a la figura del *privilegio* (a la que nos referimos en capítulos anteriores y a la que deberemos hacer mención de nuevo, en este mismo capítulo). Sistema de garantías que, a través de la multiplicación de una serie de disposiciones y ordenanzas (verdaderos modelos de política proteccionista), no sólo van a favorecer el desarrollo de la economía, sino que, además, van a comprometer a los gobernantes en la nueva orientación de la misma.

Significativas muestras de la nueva orientación precapitalista, que apunta hacia nuevos horizontes y perspectivas, pueden serlo, por ejemplo, la aparición de las grandes empresas bancarias, de carácter más o menos público (*Casa de San Giorgio,* en Génova; Banco de Venecia; *Taules de Canvi* de Barcelona y Valencia, etc.); el uso ordinario de la letra de cambio y del cheque; la adopción de formas de contabilidad por partida doble; la estructuración de grandes empresas internacionales, mantenidas a través de una tupida y ágil red de delegaciones, agentes y representantes, y articuladas a través de una constante, minuciosa y detallada correspondencia, etc.

En similar plano debe situarse en esta plataforma precapitalista (apta para promocionar toda suerte de innovaciones rentables) la profunda variación de las grandes y tradicionales rutas mercantiles, junto con una verdadera revolución de los medios de transporte, en especial los marítimos. En este sentido, las mismas circunstancias que, en el siglo XIV –por ejemplo–, habían contribuido a cortar las tradicionales rutas caravaneras que unían el mundo del Extremo Oriente con los puertos del Mediterráneo oriental, se vincularían a un proceso irreversible que, paulatinamente, insensiblemente, iría traspasando el centro de gravedad de la vida económica del Mediterráneo al océano Atlántico.

El proceso que debía efectuar tal traspaso del centro de gravedad, insistimos, fue prácticamente imperceptible y no puede separarse de otro igualmente paulatino y difícil de ser captado en la época, que conducía al desplazamiento del peso sociopolítico y económico de la Europa del sur (en definitiva, de la Europa mediterránea) hacia el centro y el norte. En esta línea debe situarse, por ejemplo, el enriquecimiento de las ciudades helvéticas, suabas y de la cuenca del Rin.

Paralelamente, uno de los factores más decisivos para la nueva orientación fue el provocado por la fluida navegación a través del estrecho de Gibraltar, en cualquiera de sus direcciones. Así, mientras del Atlántico y del Cantábrico se bajará al Mediterráneo, por ejemplo, en busca de trigo, bajeles mediterráneos comerciarían cada vez más con el mundo atlántico.

La navegación atlántica, por otra parte, comportaba la exigencia de realizaciones técnicas nuevas. Así, pongamos por caso, las antiguas embarcaciones mediterráneas (que, en general, no desplazaban las cien toneladas) van a encontrarse superadas por la *coca* vasca, las *carracas* y las galeras *da mer-*



Galeras mediterráneas del siglo XVI (detalle de un fresco en el Palacio del Viso del Marqués, en Ciudad Real). El desplazamiento del comercio hacia el Atlántico redujo el papel marítimo de la galera, navío que no se adaptaba bien al océano.

cato, que –debido a su gran capacidad de carga (que podía ascender hasta las mil toneladas)– resultaban mucho más apropiadas y mucho más rentables para la navegación y el comercio atlánticos.

Por otra parte, en el inicio de una nueva y apasionante etapa de la historia humana, el océano Atlántico ofrecía extraordinarias y codiciables perspectivas para la búsqueda de nuevos mercados de aprovisionamiento, de nuevas rutas comerciales, de nuevos e inexplorados territorios. El aliciente de la exploración geográfica y de la conquista de ignotos países despertará asimismo las vocaciones marineras de los países ribereños, especialmente de Portugal y de Castilla, que a través de sus primeros tanteos exploratorios y conquistadores (Madera, 1421; Azores y Cabo Verde, 1460; conquista de Canarias, exploración de las costas africanas hasta el golfo de Guinea, etc.) fueron colocando los decisivos hitos que facilitarían muy pronto la colosal y trascendental etapa de los grandes descubrimientos, en la última década del siglo XV y primeras del siglo XVI. Al mismo tiempo, la canalización comercial de nuevas mercancías más o menos exóticas (tales como polvo de oro, goma arábiga, esclavos, periquitos, monos, etc.), canalización promovida por italianos (especialmente genoveses), determinó el auge de puertos ya propiamente atlánticos, como Sevilla, Cádiz y Lisboa. Puertos que, muy pronto, iban a empalmar con la prosperidad de los negocios realizados desde Burdeos, París, Nantes, Brujas, Londres, Amsterdam y Amberes, etc.

Casi insensiblemente fueron confluyendo una serie de factores y variando una serie de actividades y técnicas hasta aparecer el primer capitalismo propiamente dicho. De hecho, a partir de la segunda mitad del siglo XV puede hablarse ya, con plena propiedad, de funcionamiento del capitalismo inicial. En efecto, desde mediados del siglo XV, los fenó-

Isla de Flores, en las Azores (mapa de las islas de 1587; Palacio Pitti, Florencia). El descubrimiento y conquista de las islas del Atlántico facilitó la canalización comercial de mercancías más o menos exóticas hacia Europa.



menos complejos de la vida económica presentan ya un ritmo claramente distinto y renovado, fruto del mismo movimiento, del mismo espíritu inquieto, dinámico e individualista que llena el conjunto de las manifestaciones renacentistas; del mismo ímpetu que engendró el estado de la monarquía autoritaria, en el terreno político; del mismo ímpetu sustentador de una posición individualista y subjetiva y defensor de una ciencia experimental y racionalista, en el campo cultural. Fruto, en fin, del mismo movimiento, que, en religión, abrió un profundo cisma en el conjunto de la mítica y tópica Cristiandad. En efecto, las corrientes mencionadas, en el campo de la economía, inauguraron y promovieron una nueva tipología, un nuevo tipo de actividad económico caracterizado, básicamente, por tres factores esenciales:

1. Actividad económica tipificada por el afán de lucro.
2. Espíritu de empresa.
3. Racionalización creciente de la producción, el comercio y el negocio.

Asimismo debe subrayarse que dicha nueva tipología era, en realidad, la resultante de la fusión de dos espíritus y de dos prácticas distintas. Una fusión aparentemente antinómica y paradójica y cuya plataforma paradójica veremos aparecer siempre a lo largo de toda la historia del capitalismo. Por una parte, nos encontramos con el dinamismo, el sentido renovador y arriesgado del espíritu de empresa, conquista y lucro, propio de la espiritualidad y manera de ser renacentista. Por otra –y encajando en realidad perfectamente–, se observa el mantenimiento del antiguo espíritu de conservación de lo ya obtenido; del espíritu de garantías, privilegio y ordenancismo que hemos señalado como características básicas de la actividad burguesa en la baja Edad Media.

Precisamente cuando ambos tipos de factores se integren en una unidad común y

Muelle del puerto de Bristol (Inglaterra), según un anónimo del siglo XVIII (Galería de Arte, Bristol). Esta es una de las ciudades inglesas que primero promocionaron la industria textil. Para ello hizo falta inhibirse de las fórmulas antiguas y buscar, con absoluta libertad de iniciativa, nuevos cauces para aumentar las ganancias.



Carraca utilizada para el transporte de tropas en la campaña de Túnez del emperador Carlos V (detalle de uno de los tapices de la "Campaña de Túnez" conservados en el Alcázar de Sevilla). Este tipo de buque, que ya se empleaba en la Edad Media en el Mediterráneo, daría origen en el Atlántico al galeón, la nave de transporte por excelencia del comercio atlántico.

–además– se pase a organizar el intercambio y elaboración de productos de una nueva y peculiar forma, entonces puede hablarse ya de la clara aparición y definición del fenómeno capitalista.

La organización nueva del intercambio y elaboración de los productos se efectuará ahora de tal manera que, de grado o por fuerza, colaboran (diferenciadamente) en el mercado dos grupos (dos grandes sectores) distintos de la población:

Por una parte, el núcleo que posee (que es propietario de) los medios de producción.

Por otra, el sector (el más numeroso) que suministra el trabajo.

Tal colaboración y acción, en el nuevo marco de la organización de la producción, se encuentra enmarcada y dirigida por las severas reglas del racionalismo económico, dibujando un mecanismo típico, de gran importancia y trascendencia histórica, cuyo funcionamiento y evaluación deberemos analizar en diversas ocasiones a lo largo del presente trabajo.

Con respecto a cuáles fueron los factores que en mayor grado influyeron y dinamizaron dicha transformación de la economía precapitalista en capitalista se ha venido discutiendo mucho. Y, sin duda, una de las cuestiones más polémicas es la referente a la *acumulación del capital* en manos de grandes empresarios y comerciantes.

Evidentemente, sin dicha acumulación no podría explicarse la aparición de la economía capitalista y por ello interesa saber a fondo cómo se produjo. Para ello deben tenerse en cuenta principalmente una serie de fuentes de riqueza tales como la acumulación de los beneficios comerciales efectuados a lo largo de la baja Edad Media; la acumulación de las rentas procedentes de la explotación de fincas rústicas y urbanas; los lucrativísimos resultados del préstamo a interés; la intervención de los grandes mercaderes y financieros en la recaudación de impuestos (pontificios, reales, principescos, etc.); la rentabilísima explotación de diversos filones metalíferos, etc.

Por otra parte, reconocida, por ejemplo, la evidente y fundamental importancia de la acumulación de beneficios comerciales, es preciso, para comprender el problema de las raíces del capitalismo, centrar la atención en realidades nuevas, presentadas y planteadas por otros factores que serán los que, precisamente, otorgarán a la nueva fenomenología capitalista sus facetas más características.

Así, pongamos por caso, es interesante comprobar como la fusión de elementos antiguos y nuevos (medievales y modernos, estáticos y dinámicos) –que hemos situado en el marco de una dialéctica permanente del capitalismo, en donde coexistirán el más abierto y lanzado sentido del riesgo y de la renovación con el más cerrado espíritu conservador y el más mezquino afán de seguridad– presenta una de las características más significativas en el funcionamiento de las explotaciones de metales preciosos, apoyadas en la garantía y la autoridad del privilegio.

En efecto, la continuidad de este factor sigue siendo el eje de la vida económica y





Cádiz en el siglo XVI, según "Illustriorum Hispaniae urbis" (Biblioteca Nacional, Madrid). La ruptura de las rutas caravaneras de Extremo Oriente con los puertos del Mediterráneo oriental iría traspasando la vida económica de este mar al océano Atlántico, lo cual determinaría el auge de los puertos atlánticos.

Vendimia en las cercanías de una ciudad medieval a finales del siglo XV (miniatura del Breviario Grimani; Biblioteca de San Marcos, Venecia). A mediados de este siglo, el proceso económico del capitalismo inicial se aceleró para culminar durante los siglos siguientes en el capitalismo moderno. Para ello hizo falta la colaboración del propietario con la mano de obra del campesinado.



se encuentra indisolublemente vinculado al desarrollo del primer capitalismo. En este sentido, el privilegio sigue siendo la medida del progreso económico: ninguna nueva industria, ninguna nueva actividad, puede manifestarse sin estar reconocida y debidamente autorizada. Al mismo tiempo, la complicación creciente de las actividades económicas favorecería la "normalización" mencionada, a la vez que la abundancia de metales preciosos animaría el mundo de los negocios e interesaría al poder público en su funcionamiento.

En este sentido, tal como antes hemos apuntado, la transformación de la economía se encontró acelerada decisivamente por el descubrimiento y explotación (a mediados del siglo XV) de una serie de ricos filones argentíferos en el centro de Europa, sobre todo en Alemania, Tirol, Bohemia y Hungría. El rendimiento de dichas minas fue fabuloso y, como resultado del mismo, la circulación monetaria (que desde el siglo XIII se encontraba francamente restringida a causa de la exportación de metales finos a Oriente, por el comercio de Levante) experimentó un brusco desarrollo, que –a su vez, y lógicamente– comportó un considerable aumento

Modas de finales del siglo XV, representadas en una miniatura del Breviario Grimani (Biblioteca de San Marcos, Venecia).



Paisaje con san Humberto, por Jan Mostaert (colección Frans Meulens, Bruselas). En la indumentaria del santo y del caballero podemos apreciar la moda masculina del siglo XVI en los países del centro de Europa, núcleo de los cambios profesionales y económicos que empiezan a mediados del siglo XV.

Soldado alemán del siglo XVI, *por Durero (Pinacoteca de Munich). El mantenimiento de los ejércitos permanentes requería partidas dinerarias importantísimas del primer capitalismo.*



en los precios, que habían sufrido una disminución desde mediados del siglo XIV. Estos fenómenos iban a plantear muy pronto una serie de problemas económicos y sociales que tipificarán parte del desarrollo de la primera etapa capitalista y que se encontraron gravemente (y decisivamente) potenciados, en el siglo XVI, con la llegada de las grandes masas de plata y oro de las colonias españolas en América.

Las referencias al papel del privilegio en la explotación de los metales preciosos nos introducen en el tema de la importancia decisiva del factor privilegio en el desarrollo del primer capitalismo. Al propio tiempo, debe señalarse que la institución del privilegio se extiende prodigiosamente y se consolida al socaire del mismo crecimiento capitalista. Dicha relación es básica para comprender la sociedad y la economía modernas, de tal modo que constituye una de las claves mismas de los tiempos modernos. La creciente y complicada actividad capitalista de empresarios, mercaderes y especuladores requería, por ejemplo, grandes garantías y la seguridad de que el soberano (y los instrumentos de autoridad de la época) aseguraría continuamente y respaldaría las nuevas y diversas formas de adquisición de riqueza en manos de determinadas y poderosísimas minorías.

En el seno de este amplio marco general se desarrollaron distintas líneas que condujeron a la tipificación del primer capitalismo. Así, consecuencia inmediata del aumento de circulación monetaria fue el hecho de provocar una coyuntura favorable para las transacciones mercantiles, al propio tiempo que –en el desarrollo y tipificación capitalista– intervino la misma plataforma de autoridad que debía garantizar el funcionamiento eficaz del sistema privilegiado.

Lógicamente, la coyuntura favorable en el mercado tuvo su raíz decisiva en la ampliación de la demanda como derivación de las mismas fuentes de riqueza que hemos señalado y del aumento de moneda citado. Como consecuencia, y también como consecuencia del refinamiento en las costumbres introducido por las modas renacentistas, el consumo de los productos de lujo adquirió unas proporciones y una magnitud hasta entonces desconocidas.

De hecho, nos encontramos ante un complejo juego de relación entre lujo y capitalismo, de indudable importancia en el desarrollo de este último. Las grandes cortes de la época (pontificias, reales, principescas) se lanzaron a un pugilato en el que rivalizaron en gastos lujosos de todo tipo: mobiliario, vestuario, mesa, decoración, etc., de tal forma que los presupuestos destinados a tales fines crecieron de modo prácticamente fabuloso.

El lujo cortesano, a su vez, fue imitado por los sectores más pudientes de la sociedad, especialmente por los poderosos burgueses "nuevos ricos" del tipo de Jacques Coeur, que se complacían en hacer alarde de su capacidad de poder gastar fabulosas sumas de dinero. Como muestra de ello, es conocido, por ejemplo, el hecho de que Coeur (a mediados del siglo XV) poseía diez fastuosos palacios y mantenía un tren de vida tan fantástico, que prácticamente superaba al de la corte real. Asimismo, el mimetismo creado en torno a los fenómenos anteriores promovió una serie de esfuerzos en favor de manifestaciones de lujo y ostentación por parte de diversos sectores más o menos acomodados.

De manera especial, las ciudades, los grandes centros urbanos de la época, aumentaban día a día su demanda de productos, al propio tiempo que patentizaban su importancia demográfica (en la segunda mitad del siglo XV existían en Europa 14 ciudades con una población superior a los 100.000 habitantes). Sucesivamente, los núcleos urba-

Escena de caza y comida campestre en la corte de Juan Sin Miedo de Borgoña (Musée de Versailles). Obsérvese el lujo de las vestimentas, factor muy importante en el desarrollo capitalista.



DESARROLLO CAPITALISTA Y EVOLUCION MONARQUICA

En el XI Congreso de Ciencias Económicas, de Estocolmo (1960), se comentó un *rapport* de J. Vicens Vives referente a la estructura administrativa estatal en los siglos XVI y XVII, en el que señalaba que en la Europa agraria del Renacimiento y del Barroco (incluso en aquellas monarquías occidentales donde aparecen algunas concentraciones capitalistas, comerciales o industriales) la autoridad se estratifica por lo menos en tres zonas, subrayando que "el tercer estrato corresponde al propio nivel principesco y refleja la mentalidad de los grupos administrativos (no siempre idóneos con la evolución del principio de la monarquía absoluta)". Unos grupos de los que se sirve el poder para practicar su política, dibujando una dinámica que no representa un progreso constante: "Hay altibajos y retrocesos importantes. Ello depende –escribía– de la posibilidad en que se halla la monarquía de solventar las contradicciones económicas, sociales y políticas... Ningún caso más ejemplar que la contradicción interna de la monarquía española del siglo XVI, basada en la máxima concentración de poder en la cúspide y en la mínima irradiación del mismo hacia la base".

Por otra parte, autores como Morazè habían planteado la cuestión algunos años antes en términos análogos, precisando asimismo algunos matices interesantes a dicho respecto: "La realeza, aliada natural de los burgueses activos e industriosos, sostiene sus empresas y les concede a su vez garantías... Así, en esta época el crédito inseparable de toda actividad comercial no es crédito monetario, sino más bien un crédito político y religioso. Es un acto de fe hacia la autoridad, más bien que hacia la riqueza. Por ello llamaremos a este régimen económico el régimen del privilegio". Dicho régimen privilegiado se prolongó, como es sabido, hasta finales del siglo XVIII. Se trata, pues, de algo que tiene una importancia excepcional: el privilegio, en definitiva, es la medida del progreso, de modo que ninguna nueva industria, ninguna nueva actividad, podía realizarse sin estar reconocida y debidamente autorizada. Ello representaba un enorme trabajo administrativo que costaba caro y no bastaba para su mantenimiento el antiguo sistema de ingresos señoriales, al propio tiempo que la evolución, por ejemplo, de las necesidades de la guerra abrieron el camino al impuesto permanente que proporcionaría la plataforma esencial de los recursos estatales. Con referencia a esta evolución financiera de la monarquía, ha subrayado Morazè que "las prácticas presupuestarias se fijan poco a poco, y a medida que el Estado halle más fácilmente el medio de equilibrar sus ingresos y sus gastos le será menos necesario proceder a modificaciones de la ley de la moneda. El tipo del interés disminuye, estimulando el brillante renacer de la prosperidad económica; el aumento de la circulación monetaria, provocado por la gran abundancia de metales preciosos que España extrae del Nuevo Mundo, distribuyéndolos por Europa, anima a su vez el negocio, que se convierte, bajo el impulso de ambos factores, en uno de los principales recursos del reino".

Todos estos factores conducen a reafirmar una tesis fundamental para la comprensión de la formación y el desarrollo del capitalismo, que debe ser planteada abiertamente. En primer lugar, debe desvanecerse un malentendido. Así, se ha hablado con demasiada frecuencia de la oposición entre el período medieval, era de las transformaciones lentas, y el período moderno, caracterizado por las revoluciones económicas. En realidad, no existe ninguna solución de continuidad entre la época medieval y la época moderna. En este sentido, se ha afirmado taxativamente: "Hasta el siglo XVIII, todos los negociantes... quieren, sobre todo, asegurarse una posición ventajosa y tienen plena conciencia de que disponer de una fortuna no basta para hacer duradera una situación. Por ello desean hacer intervenir en sus negocios a la autoridad real, que les garantizará una mayor seguridad... Esta inquietud del espíritu comercial contribuye, desde luego, al robustecimiento de la autoridad real, que tiende poco a poco a convertirse en el árbitro de toda la organización económica". Una autoridad creciente que representa, por otra parte, un límite a la influencia transformante de las técnicas y de la moneda, ya que –por ejemplo– el perfeccionamiento que pueda aportar a su trabajo e, incluso, la propia riqueza del artesano no son suficientes para asegurar un éxito mientras no haya recibido la consagración por parte de la autoridad soberana. Por ello se ha escrito que la ley y la autoridad continuaron (en el siglo XVII y también en el XVIII) siendo un factor esencial del progreso económico.



Mostrando un claro ejemplo de la estrecha trabazón entre el desarrollo capitalista y la evolución, pueden aducirse, por ejemplo, trabajos como los de Max Weber, que escribió: "La intendencia del ejército se convirtió en cliente de la industria a medida que fueron desarrollándose los grandes ejércitos mercenarios, siendo el desarrollo de estos suministros tanto mayor cuanto más progresaba la disciplina militar y la racionalización del armamento, así como la técnica de los ejércitos. En la industria textil resultó decisivo el suministro de uniformes...; para la industria siderúrgica fue, a su vez, importantísima la fabricación de fusiles y cañones, así como para el comercio, los suministros de vituallas. Junto al ejército fue desarrollándose también la marina"...

El proceso de relación entre la acción monárquica y el desarrollo capitalista es, pues, evidente. Así, siguiendo la línea de exposición de Weber, es posible –por ejemplo– comprobar como el desplazamiento cada vez mayor de los buques de guerra fue uno de los factores que contribuyeron a la creación de un mercado para la industria, ya que mientras en los barcos mercantes el tonelaje se modificó relativamente poco hasta fines del siglo XVIII, y todavía en 1750 la mayoría de buques mercantes que arribaban a Londres desplazaban un promedio de 140 toneladas, en el mismo siglo XVI fueron frecuentes los barcos de guerra que llegaron a tener hasta 1.000 toneladas de desplazamiento, siendo dicho tonelaje normal en el siglo XVIII. Más aún: "Las necesidades de la marina como las del ejército –escribió Weber– crecieron todavía más con el incremento y la extensión de los viajes realizados por los barcos de guerra (también de los mercantes), especialmente desde el siglo XVI; si hasta entonces la duración del viaje a Levante era usualmente de un año, los barcos en lo sucesivo permanecieron más tiempo en el mar; la extensión simultánea de las expediciones por tierra hizo necesario el abastecimiento con viandas, municiones, etc.; finalmente, aumentó desde el siglo XVII la rapidez en la construcción de naves y armas de fuego"...

En resumen, una variada y compleja gama de interrelaciones, influencias, dependencias, intereses y presiones hizo posible –durante más de dos siglos– un importante proceso de crecimiento (con factores paralelos), en el seno del cual se observa fácilmente como el desarrollo del capitalismo mercantil fortaleció el auge del poder monárquico, al propio tiempo que el aumento constante y decidido de la autoridad monárquica repercutía directamente (y provechosamente) en la expansión capitalista.

A. J.



Interior de una cámara mortuoria ("Dormición de la Virgen", por Antonio da Fabriano; Pinacoteca de Fabriano, Italia).

nos acrecentaron la demanda de productos alimenticios (tanto del país como exóticos), así como de productos refinados, etc., al mismo tiempo que se elaboraba entre los sectores acomodados un nuevo estilo de vida, en el que los productos superficiales y accesorios iban adquiriendo categoría de necesarios.

En esta misma plataforma, la evolución y complicación de la monarquía autoritaria contribuía a dinamizar a su vez el juego capitalista. La nueva organización era cada vez más cara, exigiendo para su eficaz sostenimiento cuantosísimas (y cada vez mayores) sumas de dinero. El rey, el príncipe, en suma el titular de la soberanía, para poder ejercer y mantener efectivamente su autoridad debía servirse de una serie de instrumentos, especialmente del ejército permanente y de la burocracia. Como es lógico (y dejando ahora al margen consideraciones en torno a las relaciones entre el desarrollo y evolución de los factores guerreros en esta época y el desarrollo del capitalismo inicial), el mantenimiento de los ejércitos permanentes y el pago de los sueldos devengados por una burocracia cada día más numerosa representaban —en la práctica— partidas dinerarias importantísimas, cuya realización lógicamente debía tener una repercusión trascendental en la evolución general del panorama económico del primer capitalismo.

En resumen, con el propósito de sintetizar y plantear el marco global de una fenomenología histórica de importancia fundamental, se ha señalado acertadamente que el desarrollo del gran Renacimiento, la posibilidad de una difusión cultural del renacentismo y del humanismo a gran escala, con sus

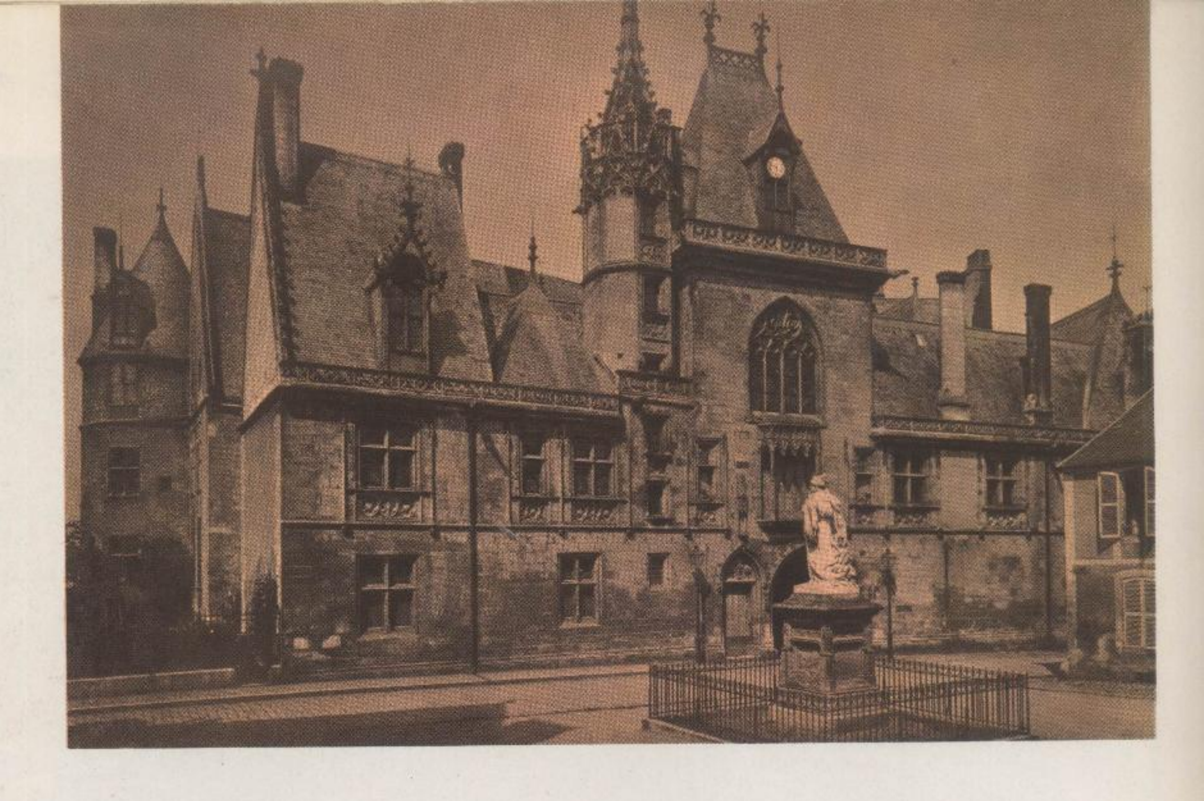


Comida en un palacio real ("Santo Tomás de Aquino comiendo con san Luis, rey de Francia", por Niklaus Manuel; Kunstmuseum, Basilea). El mobiliario, la decoración y el vestuario aquí representados exigieron gastos cuantiosos, que movilizaron muchísimo dinero.

diversas manifestaciones externas (palacios, iglesias, pinturas, esculturas, orfebrería, apoyo a intelectuales y artistas, etc.), fue posible gracias al fantástico enriquecimiento experimentado por diversos núcleos sociales de Europa a partir de la segunda mitad del siglo XV. Un enriquecimiento acrecido, de manera esencial, por la fabulosa aportación de los grandes descubrimientos geográficos, en especial por el descubrimiento de América. Y en este sentido hemos apuntado que el empuje experimentado por la actividad económica (impulsada por el creciente desarrollo del capitalismo inicial) se encontró, muy pronto, extraordinariamente acelerado por el gigantesco tirón provocado por la afluencia de las riquezas obtenidas en los nuevos países, sobre todo a partir de 1530, cuando, a través de España, empezaron a llegar masivamente a Europa los tesoros acumulados primero por los antiguos imperios indígenas (azteca e inca, principalmente) y, después, los frutos de la intensiva explotación de las minas argentíferas de México y el Perú.

Tal como muy bien se ha estudiado, la afluencia masiva de dichos metales preciosos causó un impacto tan intenso que en pocos años aceleró y alteró la vida económica de Europa occidental, la cual entró en un complicado período de brutal revolución de los precios, constituyendo una dramática etapa histórica en la cual –por vez primera– un importante sector de la sociedad humana iba a enfrentarse, sobrecogido, con uno de los fenómenos del capitalismo: el problema de la *inflación*.

Evidentemente, buena parte de la fenomenología de los tiempos modernos se encuentra vinculada a la aventura económica del



Palacio de Jacques Coeur en Bourges. Este financiero francés, que, como otros de diversos países, se complacía en hacer alarde de sus gastos, llegó a poseer diez palacios de este tipo. Su tren de vida superaba al del propio rey de Francia.

afrontamiento de la inflación y de la revolución de los precios que acabamos de apuntar. En primer lugar debe destacarse que la etapa de expansión y de euforia económica provocada por la afluencia masiva de los tesoros americanos duró hasta 1610, aproximadamente. Ello influyó –de manera sensible y determinante– en la orientación y realización de las actividades comerciales, marítimas y financieras, siendo preciso, por ejemplo, construir flotas capaces que regularmente, desde Europa, se desplazaron a América y a Asia. Fue necesario, asimismo, adelantar importantes sumas de dinero para la financiación de los viajes, para adquirir géneros para la ida y para comprar las mercancías a la vuelta, etc. En resumen, la economía capitalista con tal ímpetu y con tales fenómenos recibió

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO Y SUS INCIDENCIAS SOBRE EL MUNDO COLONIAL

Núcleos del desarrollo capitalista de los tiempos modernos.

Grandes potencias coloniales de los siglos XVI y XVII.

Principales centros de interés hispanos y lusos en los tiempos modernos.

Líneas de desarrollo del capitalismo comercial y colonial holandés.

Líneas de desarrollo del capitalismo comercial y colonial inglés.

Líneas de desarrollo del capitalismo comercial y colonial francés.

Asentamientos más o menos prolongados de las potencias europeas no ibéricas.



Detalle de un muelle veneciano (pormenor del "Embarco del Dux", de Bassano; Museo del Prado, Madrid). Apréciese la extraordinaria actividad del primer término, debida al gran aumento de la demanda de vituallas originada por el crecimiento de la población y su concentración en las ciudades.

un empuje y una orientación aún más definitivos y característicos.

Es decir, sólo los grandes capitalistas, herederos y continuadores de los hombres de negocios y de empresas del siglo XV, tenían capacidad financiera suficiente para hacer frente a las nuevas inversiones. Sólo ellos podían sostener el nuevo choque con la inflación y la revolución de los precios. De esta forma, pues, la economía y la sociedad de Occidente se adentraban por rutas extraordinariamente significativas y determinantes. En dicha coyuntura, por ejemplo, se acabó de perfilar el papel fundamental de las finanzas en la actividad general de cualquier sociedad y así vemos como los banqueros alemanes –Fugger, Welser– y genoveses aseguraron a España y Portugal, hasta mediados del siglo XVI, la financiación de sus empresas coloniales, siendo sustituidos después por los flamencos, que demostraron su gran capacidad al crear en Amberes la primera capitalidad financiera del mundo moderno.

En efecto, en la mencionada ciudad de Amberes se constituyó la primera gran *Bolsa* moderna de mercancías (1531), representando el punto culminante de las evoluciones sufridas por las antiguas grandes ferias internacionales, especializadas, de Europa occidental. Asimismo, en Amberes se puso en marcha una compleja e importantísima organización financiera, que mantenía –por otra parte– estrecha relación con los poderosos burgueses castellanos establecidos en torno a Medina del Campo (y vinculados al gran tráfico internacional de la lana merina).

En esta perspectiva –y situando la clave de fundamentales cuestiones históricas–, es preciso insistir en el hecho de que el eje fi-

Pieza de orfebrería mixteca (Museo Nacional de Antropología, México). La masiva aportación de metales preciosos procedentes de América contribuyó al gran auge de la actividad económica mundial.



La mina, por Hendrik Met de Bies (Galleria degli Uffizi, Florencia). Junto con los negocios mercantiles, fue la minería uno de los factores esenciales en el desarrollo del capitalismo.

nanciero Amberes-Medina (en estrecho contacto, asimismo, con Sevilla) desempeñó un papel básico en la colonización de la América hispana, al propio tiempo que constituyó un mecanismo capital para la configuración de las nuevas orientaciones del desarrollo mercantil e industrial del centro y del norte de Europa, incluidos los propios países bálticos. Como fácilmente puede comprenderse, el mencionado eje Amberes-Medina (comprometido en demasía con la política imperialista de Felipe II) debía entrar en crisis bastante pronto. Y así ocurrió alrededor del año 1575, dejando paso –y ello es muy significativo– a la configuración de la larga etapa de predominio de la ciudad de Amsterdam, en el corazón de las Provincias Unidas, protestantes y abiertamente decididas a liberarse de la ocupación española.

Señalado el hecho clave de que la expansión económica del siglo XVI tuvo, como ha podido apreciarse, un signo fundamentalmente mercantil y financiero, es preciso insistir en la interrelación de diversos factores y en el hecho de que el desarrollo del comercio y de las finanzas influyó en el incremento de la actividad de otras ramas económicas y que diversos sectores de la industria y de la economía experimentaron una movilización importante en esta etapa.

Por otra parte, sin embargo, es preciso (prosiguiendo las referencias a las repercusiones negativas de la inflación y la revolución de los precios) situar el reverso de la medalla. En primer lugar, respecto a diversas realidades agrícolas e industriales es preciso efectuar algunas matizaciones sustanciales, que ayudarán a comprender adecuadamente fenómenos posteriores. Así, por ejemplo, si bien es cierto que, a mediados del siglo XVI, la economía agraria de los países mediterráneos pudo recuperarse respecto a etapas anteriores, un nuevo descenso demográfico y –de manera especial– el comienzo, muy pronto, de un largo período de aridez acabaron con dicha recuperación y ejercieron, como es lógico, una influencia decisiva en la nueva orientación de la agricultura europea: Sicilia dejó de ser el clásico granero mediterráneo y empezó el predominio europeo de los cereales provenientes de Alemania, Polonia y Rusia.

Paralelamente, con referencia a las actividades artesanas e industriales, si bien las crecientes necesidades derivadas de la complicación del negocio colonial dieron paso, al iniciarse la segunda mitad del siglo XVI, a una gran actividad productora en Castilla e Italia, muy pronto se acusaría la fuerza, decisiva e irreversible, de la nueva orientación atlántica y septentrional de la coyuntura histórica, de forma que muy pronto dicha actividad castellana e italiana se mostró pasajera, mientras que –al finalizar la centuria– Flandes, Holanda, Francia e Inglaterra seguían dominando la industria europea. Quedó así ratificada una línea de declive mediterráneo, que sufrió una inflexión definitiva a partir del momento en que el viaje de Vasco de Gama a la India señaló el comienzo del desplazamiento de la vieja ruta de la pimienta, controlada hasta entonces por los venecianos.

El análisis propuesto debe abordar ahora el reverso de la medalla, profundizando en los efectos negativos del impacto de los metales preciosos, la inflación y revolución de los precios. Centrando debidamente la cuestión, es preciso destacar, en primer lugar, que la expansión capitalista –además de in-

fluir de manera decisiva en la orientación empresarial y las formas de organización del trabajo– desempeñó, a través de las repercusiones del movimiento de alza de precios, a lo largo del siglo XVI, un destacado papel social.

Entre otros efectos, por ejemplo, quebrantó la relativa fuerza de la nobleza de segunda categoría (hidalgos, caballeros, *donzells,* etc.), al propio tiempo que redujo a la miseria a la mayoría de los artesanos y sometió a los campesinos a una segunda servidumbre de la gleba. Incluso los maestros de los gremios y corporaciones más acreditados se vieron gravemente afectados por los resultados negativos de la inflación, que favorecía tan sólo a las minorías más privilegiadas de la sociedad europea, de forma que (tal como sucedió en España) los grandes señores terratenientes se enriquecieron aún más con respecto a etapas anteriores, al tiempo que los grandes empresarios capitalistas y los miembros más acomodados de las burguesías mercantiles y financieras, relacionados –más o menos directamente– con el estado, el ejército y la burocracia, amasaban grandes fortunas.

Estos datos permiten introducirnos en el eje de una fenomenología clave en la historia general europea del siglo XVI: la misma que da una dimensión socioeconómica importante a las convulsiones de la Reforma y las luchas religiosas. En efecto, la acumulación de hechos negativos desencadenados desde la segunda mitad del siglo XV iba a endurecer y a agravar problemas que aparentemente sólo tenían una base teológica y mística. Así, como es sabido, la ruina de los nobles de segunda categoría había de proporcionar al movimiento de la Reforma uno de los cuadros iniciales más sólidos, característicos y combativos, ya que los caballeros alemanes, los *hoberaux* franceses, la *gentry* inglesa, etc., abrazaron en masa las confesiones evangélicas y análogas, entre otros motivos por la posibilidad de reclamar las tierras eclesiásticas. Gracias a este hecho surgieron las poderosas fuerzas militares del protestantismo (tropas de la Liga de Esmalcalda, etc., o de los "hugonotes", etc.) y fue posible que se consolidaran las perspectivas políticas del movimiento reformista.

Sólo en España (y aun difícilmente, y para ello el texto de *El Lazarillo de Termes* constituye un documento testimonial de primer or-



Pareja de campesinos alemanes de 1525, según un grabado de Urs Graf (Kunstmuseum, Basilea). La transformación económica del capitalismo inicial, que contribuiría a la Reforma, provocó una revuelta de campesinos alemanes que fue vencida por los príncipes, quienes organizaron las cuestiones del agro de modo que condujo a aquéllos a una nueva servidumbre de la gleba.

Vista lateral de la catedral de Amberes (Bélgica). En esta ciudad se constituyó, en 1531, la primera gran Bolsa moderna de mercancías.

EL CRECIMIENTO CAPITALISTA Y LA CONFIGURACION DEL LIBERALISMO EUROPEO

Con gran visión de la fenomenología que (durante una larga y compleja etapa de la modernidad) afectó a las nuevas mentalidades occidentales y a la evolución general de la sociedad y la economía, autores como Morazé han hablado de la configuración de la nueva noción de "libertad" en el ámbito de la vida de los negocios y, en este sentido, se ha señalado, por ejemplo: "En 1661 los comerciantes de París escribían al ministro (Colbert) que sus vecinos los holandeses sabían por experiencia que la libertad concedida a las mercancías o a las personas hacía florecer el comercio". En esta línea, la crítica del sistema corporativo y del monopolio fue transformando, a su vez, la estructura misma de la vida económica. En materia económica, en efecto, la autoridad poco a poco dejó de basarse en el privilegio real para apoyarse en la competencia de los técnicos y los comerciantes. Esta idea de libertad se extendió no sólo entre los medios filosóficos, sino que llegó también a los ministerios. Poco a poco, el progreso sólo pudo ya concebirse como libertad económica. "Desde luego –escribirá Morazé–, los privilegiados se defendieron y todavía se impusieron a sus adversarios... El siglo XVIII es la época de lucha entre el conjunto de los antiguos privilegios y la idea de que la autoridad en materia económica debe ser independiente de la autoridad política y descansar sobre el valor de las actividades humanas".

Paralelamente, señalarán otros autores, como H. J. Laski, que el liberalismo, "aun en su triunfo, no aparece como un cuerpo de doctrina o práctica netamente logrado... Quiso reivindicar el derecho del individuo a labrar su propio destino, sin miramiento para ninguna autoridad externa que pretendiera limitar sus posibilidades; pero se encontró con que tal propósito llevaba consigo un desafío implícito de la comunidad a la soberanía. Buscó salida contra todas las trabas que la ley impone al derecho de acumular la propiedad, y tropezó con que este derecho llevaba en el seno, como agente autodestructor, el fomento de toda una clase proletaria". Fenómenos todos ellos que conducen a preguntarse en qué consiste el liberalismo. En este sentido debe subrayarse que el condicionante base que produjo el liberalismo fue la aparición de una nueva sociedad económica hacia el final de la Edad Media, al propio tiempo que aparece claro que el individuo a quien el liberalismo ha tratado de proteger es aquel que, dentro de su cuadro social, es siempre libre para comprar su libertad, "pero ha sido siempre –dirá Laski– una minoría de la humanidad el número de los que tienen los recursos para hacer esa compra. Puede decirse, en suma, que la idea de liberalismo está históricamente trabada, y esto de modo ineludible, con la posesión de la propiedad".



Efectuadas las anteriores precisiones en torno al alcance y la situación del credo o de la ideología liberal, que empalman con los conceptos de libertad económica y auge de la propiedad, apuntados anteriormente, aparece claro un proceso de crecimiento innegable, de tal modo que al pasar del siglo XV al XVI, y más todavía al XVII, núcleos cada vez más amplios de hombres, ven ampliarse los horizontes y las posibilidades de creación; aumenta el reconocimiento de la dignidad inherente a la persona humana; crece la indignación frente a los dolores inútiles que antes se le infligían; crece también el amor a la verdad por sí misma y el propósito de experimentación al servicio de dicha verdad; siendo patrimonio todo ello de una herencia social que, sin ellos, hoy aparecería muy menguada. En esta perspectiva, autores como Laski precisarán asimismo: "El liberalismo surgió como una nueva ideología destinada a colmar las necesidades de un mundo nuevo... Tengamos en cuenta los descubrimientos geográficos; luego, la ruina de la economía feudal, y después, el establecimiento de nuevas Iglesias que no reconocen ya la supremacía de Roma; la revolución científica que trastorna las perspectivas mentales; el volumen creciente de los inventos técnicos, que es causa de nuevas riquezas y aumentos de la población... Sobrevienen las hazañas colonizadoras de España y Portugal primero, y luego de Francia e Inglaterra, y de aquí brotan nuevos hábitos y esperanzas. Estos hábitos y esperanzas entran en conflicto con las ideas y prácticas tradicionales, remodelándolas a tal punto a lo largo de tres centurias, que los rasgos característicos de la sociedad difícilmente serían ahora reconocibles para un observador de la Edad Media".

Nos encontramos, pues, ante un fundamental proceso, que –en líneas generales– coincide con lo apuntado por alguno de los grandes renovadores de la historiografía española, como es el caso de J. Vicens Vives. En este sentido, es menester destacar, una vez más, que la sociedad de los tiempos modernos es ya una sociedad diferente, y que sabe que es diferente. Está dotada de un sentido de expansión antes desconocido, posee un aliento especial, una ilusión, que serán prendas de una humanidad que se siente lanzada a una reconstrucción de sus cimientos sociales. Ahora bien, ¿cuál era la esencia de esta nueva sociedad? "Ante todo –escribe Laski–, según creo, su redefinición de las relaciones de producción entre los hombres... El espíritu capitalista comienza a adueñarse de los hombres hacia fines del siglo XV. ¿Y qué significa esto? Pues nada menos que el objeto principal de la acción humana era la búsqueda de riqueza."

Ha surgido un elemento nuevo: mientras, para la Edad Media, la idea de adquirir riquezas se encontraba limitada por un conjunto de reglas morales impuestas por la autoridad religiosa, en adelante tales normas y las instituciones, hábitos e ideas de ellos derivados se consideran improcedentes. Son juzgados como restricciones. Se los alude, se los critica, se los abandona francamente, porque sólo sirven para obstaculizar el aprovechamiento de los medios de producción. Hacen falta, por tanto, nuevas concepciones que legitimen las nuevas oportunidades de riqueza que se han ido descubriendo poco a poco en las épocas precedentes, y la doctrina liberal acabará siendo la justificación filosófica de dichas concepciones.

Las referencias anteriores apuntan, por otra parte, a una cuestión fundamental en la historia del capitalismo y en la creación de la plataforma que haría posible el éxito final de la revolución burguesa. Nos referimos a la coincidencia, en un momento dado, de los objetivos de los capitalistas con los anhelos de los intelectuales. Así, mientras, por una parte, se ha señalado –caso de Brinton– que "es importante y algo embarazosa... la posición general de los intelectuales en nuestra sociedad occidental a partir de la Edad Media", por otra, los nuevos horizontes que, a lo largo de los tiempos modernos, se irían configurando acabarían por decidir a los burgueses capitalistas a adoptar el liberalismo de los "filósofos" como ideología esencial para su triunfo completo y final.

A. J.

den) conseguirían los nobles de segundo grado superar su crisis, sin dejar –por otra parte– de mantener realidades tan negativas como la del hundimiento de la nobleza catalana que (con la excusa de las discusiones entre *cadells* y *nyerros*) pasó a animar el bandolerismo endémico que durante dos siglos desangró al Principado.

Los míseros *hidalgos* castellanos fueron los únicos en encontrar fórmulas de posible solución de su problemática –con manifestaciones de rebeldía o rebelión tan características como el movimiento de las *Comunidades*– gracias a la emigración al Nuevo Mundo (atraídos por el espejuelo y el reclamo de un amplio panorama de aventuras y de riquezas) o a través del recurso paralelo, consistente en enrolarse en los ejércitos ejecutores, en Europa, de la política imperialista de Carlos V y de Felipe II.

Por otra parte, movimientos mediterráneos hispanos, como el de las *Germanías*, distintos evidentemente de la rebelión nobiliaria castellana, deben ser estudiados en relación con la oleada convulsiva de reacciones de los más distintos sectores sociales (al margen de la ínfima minoría de grandes privilegiados) que se agitaron como resultado de los efectos negativos del alza del coste de vida y de la revolución de los precios.

Complementando estas breves referencias socioeconómicas –y volviendo de nuevo al análisis de los sectores sociales que más decisivamente configuraron los cuadros protestantes– no puede olvidarse que, por motivos muy concretos y comprensibles, los núcleos más radicales del protestantismo se reclutaron entre los pequeños burgueses y artesanos centroeuropeos que –por ejemplo–, en Alemania, Suiza, Países Bajos y regiones renanas, constituyeron la plataforma social básica del movimiento *anabaptista*, que predicaba el reparto de los bienes conforme a los preceptos del Antiguo Testamento. Es-

El puerto de Sevilla en el siglo XVI (detalle del cuadro "Vista del Guadalquivir y Sevilla", atribuido a Sánchez Coello; Museo de América, Madrid). El eje Amberes-Medina del Campo-Sevilla desempeñó un papel básico en la colonización de la América hispana.





tas mismas doctrinas revisionistas sirvieron también de punto de apoyo fundamental para la ideología combativa que animó la rebelión de los campesinos alemanes en 1521.

No obstante –como es sabido–, el movimiento de revuelta rural fue finalmente vencido por los príncipes (grandes beneficiarios de la inflación, según hemos apuntado antes, así como de las secularizaciones eclesiásticas), quienes consolidaron –desde el Vístula hasta el Rin– una opresiva organización agraria, tipificada por una segunda servidumbre de la gleba.

En resumen, complicadas por las consecuencias socioeconómicas del impacto de los metales preciosos y la subsiguiente revolución de los precios, las innovaciones económicas y el crecimiento del capitalismo no significaron un hundimiento del feudalismo en su aspecto social, que –en este terreno– salió más bien fortalecido de la prueba, posibilitando la coexistencia de factores y realidades antiguas y modernas en el seno de un concreto orden social, político y económico, centrado en torno de la fenomenología del desarrollo de las ideas y las realizaciones de la monarquía autoritaria, de los valores renacentistas y de las nuevas perspectivas capitalistas.

Sólo cuando la coexistencia entre lo antiguo y lo moderno, cuando los intereses del capitalismo se conviertan en decididamente incompatibles con la fórmula (de raigambre feudal) del privilegio, cuando el absolutismo del poder monárquico llegue a impedir el pleno desarrollo de las actitudes individualistas iniciadas con el Renacimiento, etc., en-

Casa del gremio de armadores en Gante (Bélgica). La aparición del primer capitalismo fortaleció la actividad de los gremios, hasta el punto de que muchas ciudades construyeron en esta época sus edificios gremiales.



Escudo del gremio de zapateros (Museo Histórico de la Ciudad, Barcelona).



Díptico con los retratos de los miembros de un gremio alemán del siglo XVI (Germanisches Nationalmuseum, Nuremberg). En esta época, los miembros más importantes de los gremios consiguieron privilegios que confirieron a sus cargos mayor autoridad.

tonces, y sólo entonces, sobrevendrá la crisis de un orden considerado ya como antiguo –"Antiguo Régimen"– y se planteará abiertamente la revolución burguesa, entrando el mundo occidental en una etapa histórica muy distinta.

En este sentido, es fundamental insistir en el primordial papel desempeñado por el privilegio en esta época. Así, por ejemplo, a lo largo del siglo XVI contemplamos cómo muchas ciudades construyen sus grandes edificios gremiales y que, en todas ellas, el número de corporaciones y gremios aumentó. Es decir, con la aparición y desarrollo del primer capitalismo, no sólo el gremialismo no murió, sino que, de acuerdo con los intereses de los dirigentes de la economía, se adaptó e incluso adulteró (permaneciendo) en un proceso paralelo a las "trampas" de los poderosos, sirviendo básicamente, en todo caso, a los particulares intereses del pequeño núcleo de un dirigente y controladores.

Durante dicha centuria, mientras por una parte se asiste a una preocupación clara de los gremios por renovar y ratificar sus privilegios (cartas, patentes, etc.) y por obtener sustanciales ratificaciones de su estatuto jurídico, por otra parte, el régimen privilegiado –al multiplicarse– lejos de debilitarse se fortaleció. De forma que sus prescripciones se fueron haciendo más rígidas, al propio tiempo que la línea de las distinciones sociales se iba dibujando de modo más tajante, paralelamente al hecho de que la jerarquía interior gremial se iba complicando a través de la distinción o separación entre antiguos y nuevos miembros.

Asimismo, en el interior de este marco complejo se hicieron más acentuados el mimetismo y la tendencia aristocratizante de los sectores burgueses, paralelamente al hecho de que –siguiendo la trayectoria jerárquica que hemos señalado– el magistrado más importante del gremio acostumbró disponer de "libertades", de privilegios, que conferían a su cargo mayor autoridad. En este aspecto, pues, la antigua corporación medieval, lejos de disolverse, quedó francamente robustecida. Ello se debió al hecho de que hasta el advenimiento de los nuevos vientos y circunstancias del siglo XVIII (con raras excepciones anteriores), todos los empresarios, todos los especuladores, todos los negociantes, deseosos de obtener, aumentar y consolidar lucra-

Casa de las Corporaciones, en Bruselas.



Azulejo con el escudo del gremio de panaderos (Museo de Cerámica, Palacio Nacional de Montjuich, Barcelona).

tivas posiciones económicas –"libertades", ésta será la palabra usada–, buscaron ante todo la manera de asegurarse una posición ventajosa dentro del sistema establecido, teniendo plena conciencia de que el hecho de disponer de una fortuna no era condición suficiente para convertir en sólida y duradera una concreta posición económica.

Para conseguir los objetivos deseados –y en un complejo proceso que señala la conversión definitiva de la economía y el mercado urbanos en economía y mercados nacionales– efectuaron una serie de combinaciones tendentes (especialmente) a hacer intervenir a la autoridad real en sus negocios, concibiendo a dicha autoridad como única fórmula con capacidad de garantía y de seguridad para



cualquier tipo de empresa. Paralelamente, cada gremio, cada corporación concretos, quisieron disponer de eficaces medios de defensa legal contra aquellos gremios o corporaciones cuya competencia temían, ya que –por sí solas– se consideraban incapaces tanto para mantener la posición adquirida como para conservar la superioridad técnica en cada ramo o especialización.

De este modo se comprueba, una vez más, la compleja red de interrelaciones que vinculan la definición y el crecimiento del capitalismo inicial con los orígenes de la sociedad moderna y la evolución de la monarquía autoritaria. En definitiva, el mismo afán de seguridad, la misma inquietud del espíritu comercial y especulador contribuyeron a dibujar una nueva sociedad, en la que era fundamental la consolidación y el robustecimiento de la autoridad real, que –poco a poco, y en un proceso constante– tendió a convertirse en el árbitro definitivo de toda la organización social y económica. Una consolidación y un robustecimiento que, por otra parte, se vieron sumamente favorecidos, en toda Europa, por la fenomenología compleja del siglo XVI, en especial por las inquietudes e inseguridades provocadas por las luchas religiosas, así como por las gravísimas alteraciones y desorientaciones originadas por las fluctuaciones de la moneda y de los precios a que anteriormente nos hemos referido.

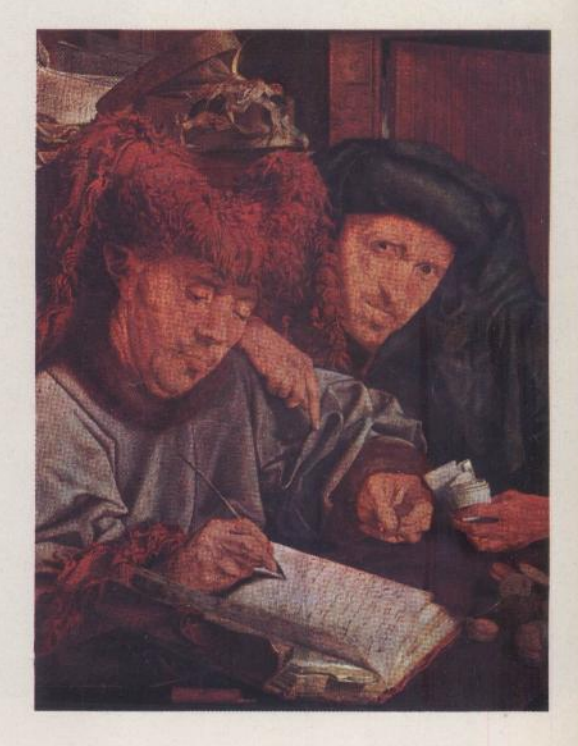
En resumen, de forma paulatina y casi insensible –pero dibujando un proceso fundamental e irreversible–, la plataforma económica de la baja Edad Media desembocó en el primer capitalismo, trascendental fenómeno económico inseparable de los restantes movimientos fundamentales que definieron la Modernidad (monarquía autoritaria, Renacimiento, humanismo, etc.) y que dibujó las bases sobre las cuales se asentaría durante varias centurias la sociedad moderna de Occidente, hasta la crisis política del Antiguo Régimen y el impacto económico de la revolución industrial.

Luis XII de Francia marcha contra Génova (Bibliothèque Nationale, París). La caballería renacentista, que vivía de recuerdos medievales, desaparecería bien pronto ante las armas de fuego.



BIBLIOGRAFIA

Artola, M.	*Textos fundamentales para la historia,* Madrid, 1968.
Braudel, F.	*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* México, 1953.
Brinton, C.	*Anatomía de la revolución,* Madrid, 1958.
Carande, R.	*Carlos V y sus banqueros* (2 vols.), Madrid, 1943-1949.
Cole, G. D. H.	*Introducción a la historia económica, 1750-1950,* México, 1957.
Chaunu, P.	*Seville et l'Atlantique, 1504-1650* (7 vols.), París, 1955-1957.
Dauphin Meunier, A.	*Histoire de la banque,* París, 1959.
Hamilton, E. G. H.	*American treasure and the price revolution in Spain,* Cambridge (Mass.), 1943. – *War and prices in Spain, 1651-1800,* Cambridge (Mass.), 1947. – *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica,* Madrid, 1948.
Hauser, H.	*Les débuts du capitalisme,* París, 1928.
Laroque, P.	*Les classes sociales,* París, 1959.
Morazè, Ch.	*Principios generales de historia, economía y sociología,* Barcelona, 1952.
Nef, J. U.	*La naissance de la civilisation industrielle et le monde contemporain,* París, 1954.
Pernoud, R.	*Histoire de la bourgeoisie en France* (2 vols.), París, 1960.
Perroux, F.	*El capitalismo,* Barcelona, 1954.
Sombart, W.	*El moderno capitalismo,* Buenos Aires, 1958.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna* (tomo I), Barcelona, 1951. – *Historia económica de España,* Barcelona, 1959. – *Coyuntura económica y reformismo burgués,* Barcelona, 1969.
Vilar, P.	*Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español,* Barcelona, 1964.
Weber, M.	*Historia económica general* (2.ª ed.), México, 1956.



Los contadores, por M. van Reymerswael (Musée Royal des Beaux-Arts, Amberes).